

La comprensión en la construcción de la psicología social: una perspectiva sociohistórica

José Joel Vázquez Ortega

*La historia tiene que construirse.
Los datos, cifras, personas y sucesos
pueden venir dados. Pero cuáles
tengamos que considerar y cómo hayan
de ponderarse y relacionarse es un asunto
de construcción y de intención.*

Carl F. Graumann, 1993.

1. Planteamiento del Problema

A pesar del escaso interés de parte de los psicólogos sociales por el análisis histórico de la disciplina, en las dos últimas décadas éste ha contribuido a mejorar de manera notable nuestra comprensión de cuestiones teórico-metodológicas primordiales, y con ello, a su propia fundamentación. Desde una perspectiva historiográfica amplia, representada por aquellos trabajos que establecen los orígenes de la psicología social en las diversas concepciones sobre “la naturaleza social del hombre”, formuladas desde la antigüedad hasta el siglo XIX, se asocia la historia del pensamiento social y político con la historia de la psicología social; por otra parte, una visión más sistemática y delimitada psicosocialmente, al asumir la investigación histórica como una “psicología social del pasado” entiende la historia como “un asunto de construcción y de intención”; tal perspectiva permite reconocer que los procesos sociales y culturales de interés para el conocimiento psicosocial poseen una doble dimensionalidad histórica (la historicidad de los procesos socioculturales en sí y la historicidad del conocimiento de los mismos), la cual ha sido poco considerada en la investigación empírica que se realiza.

El presente trabajo constituye un análisis histórico y teórico que tiene como propósito poner de manifiesto la importancia de tales contribuciones, así como la relación que guardan con la cuestión de la comprensión con los intentos realizados por diversos pensadores sociales para reincorporar aspectos relacionados a la *Verstehen* (o comprensión) en la teoría social contemporánea.

Asimismo, es necesario mencionar que si bien el análisis presentado no es exhaustivo, constituye un intento por probar que la historia reciente de la teoría social, sobre todo el estado de fermentación y animación intelectual en el que se encuentra, sigue estrechamente vinculada a problemáticas y contribuciones que han sido producidas desde la constitución y el desarrollo de la psicología social.

1.1 Historia, teoría y psicología social

Desde este punto de vista el análisis histórico es una herramienta de autoconocimiento que juega un papel prioritario en la dilucidación de los orígenes, la configuración inicial, las tendencias y los recorridos de la psicología social. Por ello, es necesario admitir que la forma de reconstruir la historia de la disciplina ha venido afectando su configuración actual, lo asumamos o no.

Así considerado, el análisis histórico de la disciplina de inmediato nos advierte que existen diversas formas de interpretar la constitución y el desarrollo de una realidad no pasada sino más bien actual. Razón por la cual ninguna historiografía es inocente. Reconocer a la psicología social como un conjunto de esfuerzos teóricos y de investigación empírica tendientes a mejorar nuestra comprensión sobre los fundamentos de la vida social y la constitución de las culturas *sólo* ha sido posible mediante la confrontación de las versiones historiográficas oficiales o la llamada historia *Whiggish* (presentista), la que de acuerdo con Ibáñez consiste en “[...] una historia escrita por los vencedores y orientada a [...] legitimar el presente buscando en el pasado la confirmación de las creencias y de los valores actuales”.¹

¹ T. Ibáñez, *Aproximaciones a la psicología social*, 1990, p. 13

Estas versiones, al limitar a la psicología social al mero estudio de la conducta social o, en el mejor de los casos, de las relaciones interpersonales, la convierten en una disciplina de lo trivial que termina por ser una forma de justificación de lo existente. Frecuentemente se olvida que en un inicio lo que dio un fuerte impulso a la constitución y el desarrollo de la psicología social fue la esperanza de que ésta aclararía las condiciones que sostienen el funcionamiento de una sociedad y la gestación de una cultura, de manera que el propósito de la teoría consistía en explicar el fenómeno social y la cultura; mientras que el objetivo práctico era utilizar los principios desarrollados con el propósito de comprometerse en una crítica de la organización social. Sólo asumiendo lo anterior podemos entender la formulación de los diferentes proyectos de psicología colectiva que se publicaron a finales del siglo XIX e inicios del presente, por autores como Gustave Le Bon, Gabriel Tarde y Wilhelm Wundt.² Desde sus inicios, el dominio de la psicología social incluyó el estudio de las tradiciones, las costumbres, las modas, el lenguaje, la ideología, esto es: la vida cotidiana, al mismo tiempo que las relaciones entre individuos y entre grupos.

Como se puede desprender de tales temáticas, el interés de la psicología social ha sido el estudio de procesos de orden cultural y comunicacional que son responsables del conocimiento en una sociedad a través del establecimiento de relaciones interindividuales en diversos contextos físicos o sociales, o bien por la formación de movimientos sociales (grupos, partidos, instituciones, etc.), en donde los individuos actúan e interactúan gracias a las codificaciones y decodificaciones de las cargas simbólicas adscritas a los comportamientos interindividual e intergrupal, las cuales crean una realidad social común (o intersubjetiva) con sus normas y valores, o por todas estas realidades, cuyo origen debe ser buscado con avidez en los contextos culturales y comunicativos.

Este interés por procesos esencialmente inherentes a la vida social, como el lenguaje, actualmente se ha traducido en el resurgimiento de tradiciones de pensamiento anteriormente ignoradas, poco

² La necesidad de una explicación de la relación entre la actividad psicológica de individuos colectivamente vinculados y los productos sociales y culturales, se concretó en los proyectos de *Psicología de las masas* de Le Bon, *Psicología de los pueblos* de Wundt y *Psicología de los públicos* de Tarde.

o mal conocidas, algunas de ellas asociadas con los orígenes de la psicología social. Tal es el caso del interaccionismo simbólico derivado del trabajo de George H. Mead, el cual, junto con otras tradiciones de pensamiento de corte fenomenológico o hermenéutico, han adquirido gran importancia porque se enlazan con los esfuerzos que han venido haciendo diferentes pensadores sociales por reincorporar las cuestiones relativas a la comprensión (*Verstehen*) con el propósito de establecer una teoría social, y por ende, a las ciencias sociales como quehaceres esencialmente comprensivos, dado que su objeto gira precisamente en torno a procesos interpretativos de la cultura y la comunicación, lo cual le confiere a la psicología social un papel preponderante ya que desde sus inicios ha estado comprometida con tales cuestiones relativas a la vida social. Es por ello que en las últimas décadas, la teoría social ha tenido cambios más o menos espectaculares, siendo el producto de éstos la proliferación de diversos enfoques del pensamiento social.³

Para analizar adecuadamente las relaciones entre historia, teoría y psicología social debemos comenzar por situar esta última en un amplio movimiento de ideas que tras varios siglos fue fragmentándose para dar paso a las diversas disciplinas que actualmente integran a las ciencias sociales y humanas. Por tal consideración el análisis histórico debe ser *contextualista*, esto es, no debe entenderse como un intento por desarrollar una historia separada de cada disciplina sino en el sentido de que —por lo menos nominalmente debe abarcar el tronco común de la reflexión sobre lo social—; también se requiere que sea *crítico* en el sentido de que ponga al descubierto los supuestos implícitos y las tomas de partido enmascaradas que subyacen a muchas formulaciones teóricas que se dan por sentadas en una disciplina. Aproximarnos a la psicología social desde esta perspectiva es lo que nos permite conocer las relaciones intrínsecas con respecto a la historia y la teoría.

³ Véase Giddens y Turner (eds.), *La teoría social*, hoy, 1991.

1.2 La constitución de la psicología social como una reflexión sobre lo social

Si bien es cierto que los orígenes de la psicología social se han asociado con los legados de pensadores como Platón o Aristóteles, con las obras de Maquiavelo, Hobbes, con los precursores de la Ilustración, con Comte, incluso con Marx, entre muchos otros. Lo significativo en todos ellos —a pesar de las diferencias nominales— es que confieren al ser humano la capacidad de tomarse a sí mismo como objeto de reflexión, de elaborar conocimientos sobre sí mismo y sobre su propia condición. Si el ser humano es un ente reflexivo, sin duda alguna, tales conocimientos se remontan a los albores mismos de las sociedades humanas. Sin embargo, en cuestión de aclarar los orígenes, como lo señala Ibáñez: “[...] el estudio de los textos griegos parece más apropiado para entender la sociedad helénica y para analizar la formación de la racionalidad occidental que para dilucidar la naturaleza de la psicología social.”⁴

Más bien, la psicología social como parte de las ciencias sociales es consustancial a la reflexión moderna sobre lo social originada gracias a una nueva forma de construir los conocimientos que se genera en los siglos XVI y XVII con las formulaciones de Copérnico,⁵ Descartes, Galileo, Bacon, Newton, etc.; con esto no estamos afirmando que la psicología social existiera en esos siglos, sino que el tipo de empresa de la que forma parte arranca de tales contribuciones. Las ciencias sociales se empiezan a construir en torno al problema del orden social, junto a los procesos de construcción de los estados modernos, al ejercicio del poder político, así como a la formación y expansión de la moderna racionalidad científica que se deriva de los efectos de la suposición de que el conocimiento era dominio y control de la naturaleza, lo cual tenía cierto isomorfismo con las concepciones sobre el poder político y social. Esta referencia a la construcción inicial de las ciencias sociales nos permite redimensionar un tema que había sido olvidado o desdeñado en los escasos trabajos historiográficos sobre psicología social realizados hacia finales de los sesenta.

⁴ T. Ibáñez, *Aproximaciones a la psicología social*, 1990, p. 13.

⁵ Véase P. Manicas, *A history and philosophy of the social science*, 1987.

1.3 El interés por la historia de la psicología social

El presente análisis histórico considera que la psicología social se configura en un periodo comprendido entre mediados del siglo XIX e inicios del siglo XX. Durante el XIX, a la par que se fue fortaleciendo el Estado moderno y se desarrollaron los procesos de industrialización en Europa, se produjo una serie de nuevos planteamientos en el campo del análisis social, los cuales culminaron en la formación de las diversas disciplinas sociales que reconocemos en la actualidad.⁶

Como lo señala von Wright, este periodo se caracterizó por el incremento en el interés por “[...] el estudio sistemático del hombre, de su historia, lenguajes, *mores* e instituciones sociales”.⁷ En este sentido, aunque esquemáticamente, se puede señalar que en el siglo XIX las principales cuestiones referentes a la metodología y filosofía del quehacer científico se engarzaron a las dos grandes tradiciones del pensamiento de lapsos anteriores, pero que en ese momento alcanzaron su mayor expresión. Por un lado, encontramos la tradición franco-británica en la que coinciden las posturas empiristas y las formulaciones positivistas. Frente a esta tradición encontramos una alemana, usualmente calificada de idealista, que se caracteriza por el énfasis en la dimensión histórica de las realidades sociales y por la resistencia frente a los planteamientos derivados del positivismo.

Sin embargo, como se señaló antes, fue desde el siglo XVI que se constituyó un nuevo tipo de aproximación al conocimiento de la “naturaleza” por parte del ser humano, debido en buena parte a ese importantísimo conjunto de prácticas que denominamos comúnmente “ciencia moderna”. Para el momento en que surgió la moderna reflexión de lo social, así como su desarrollo a lo largo de los tres siglos, se fueron gestando una serie de planteamientos y confrontaciones sobre la naturaleza de la sociedad y las características de su conocimiento, que perfilaron una sucesión de rupturas que dejaron una huella profunda en las ciencias sociales y humanas.

⁶ Esto coincide con la “sumaria exposición histórica” que Georg Henrik von Wright (1984) realizó a partir de mediados del siglo XIX. G. H. von Wright, *Explicación y comprensión*, 1990.

⁷ *Op. cit.*, p. 20.

Para dar cuenta del momento actual de la psicología social es necesario considerar los estadios de evolución que fue experimentando el pensamiento, respecto del fenómeno social, sobre todo en lo tocante a los procesos de formación y expansión de la moderna racionalidad científica. Entre las consecuencias que pueden destacarse de tal desarrollo pueden mencionarse la ruptura entre ciencia y filosofía, y la descomposición de la ciencia social en un mosaico de disciplinas específicas y separadas.

El hecho de que a lo largo del siglo XIX los saberes científicos se tradujeran en aplicaciones productivistas y espectaculares para la opinión pública hizo que la ciencia se convirtiera en una extraordinaria fuerza productiva; esta industrialización de la ciencia hizo factible que la gran batalla librada entre la alianza empirista-positivista franco-británica y el historicismo alemán terminara siendo ganada por los primeros.

No obstante que la psicología social es una disciplina que emergió lentamente en ese contexto histórico-social (momento en el que la psicología general se consolidó como un campo de actividad científica y académica), paradójicamente, lejos de convertirse en un dominio reservado para los psicólogos, su configuración inicial fue posible por haber permanecido abierta a las aportaciones de los pensadores sociales de finales del siglo XIX. El surgimiento de esta disciplina se nutrió de las aportaciones y los debates que marcan el pensamiento social moderno sobre la sociedad y el ser humano formuladas a lo largo de tres siglos y cristalizadas en las últimas décadas del siglo pasado.

La psicología social al surgir como una disciplina vinculada a la reflexión sobre lo social ha estado comprometida con las cuestiones relativas a la vida social y a sus productos culturales. Al igual que la ciencia histórica promovida por los pensadores sociales alemanes, sus esfuerzos teóricos y conceptuales se orientaron a comprender los fenómenos propios de su ámbito para, de ese modo, establecerse como una disciplina esencialmente interpretativa, ya que su objeto al girar en torno a procesos de orden comunicativo y cultural hace referencia a procesos interpretativos, esto es, relacionados con la subjetividad social.

2.1 Relación entre psicología social, comprensión e intención

La distinción entre explicación y comprensión, se relaciona con la forma en que el ser humano es concebido. A pesar de que se le ha tratado de diferenciar específicamente al calificarlo como “animal político”, “animal social”, “animal racional”, etc., la psicología social, así como algunas tradiciones dentro de la psicología, concibe al ser humano como esencialmente un “animal reflexivo”. Reconoce su capacidad de tomarse a sí mismo como objeto de reflexión, lo cual permite asumirlo también como un “ser hermenéutico”.

A partir de esta concepción de ser humano, compartida por la psicología social, se planteó que la conducta humana es en buena medida de naturaleza propositiva. En el campo de la psicología, Franz Brentano, William McDougall y Edward Tolman pueden citarse, entre otros, como tres puntos de referencia históricos sobre tal cuestión.⁸

Sin embargo, en la medida en que la ciencia psicológica se hizo moderna bajo el amparo de una separación “artificial” entre ciencia y filosofía, en un periodo histórico que culminó con la fragmentación disciplinar de la ciencia social y el establecimiento de la psicología social en el área de las ciencias psicológicas, esto fue posible gracias a que se adoptó y aceptó una concepción científicista del conocimiento científico. Tal como lo señala Gergen:

Dentro del mundo intelectual, dichos desarrollos se expresaban ampliamente en una preocupación por establecer campos de estudio especializados, poseyendo cada uno una base lógica de justificación. Los filósofos lógicos empíricos eran los más ambiciosos en este caso, ya que veían la posibilidad de unificar todos los esfuerzos científicos bajo una sola lógica. En este caso, el intento consistía en dilucidar las reglas de procedimiento por medio de las cuales se habían logrado los avances importantes en ciencia y tecnología. Estas reglas de procedimiento podían ser adoptadas más adelante por cualquier disciplina que afirmara estar generando conocimien-

⁸ Por ejemplo, para Brentano la intencionalidad caracteriza a los fenómenos psicológicos, a los que define mediante una relación que denomina “inclusión intencional del objeto”, en función del cual cada conciencia es una relación con el objeto que contiene: algo es amado, odiado, conocido, etcétera.

to. Se creía que, después, si estas reglas de método se hacían disponibles a la cultura, se podía lograr un progreso, del tipo demostrado en las ciencias naturales, en todo el espectro de los esfuerzos humanos.⁹

Dicha concepción asumía, como supuestos epistemológicos, que el conocimiento científico era conocimiento objetivo que se limitaba a reflejar fielmente la realidad, por lo cual, consideraba que la actividad de investigación debía limitarse a “descubrir” las leyes reguladoras de los fenómenos o debía establecer las características de los mecanismos que investigara. La adopción de una epistemología de corte neopositivista, empírista, por parte del conocimiento psicológico en general impidió que durante algún tiempo se investigara adecuadamente las implicaciones del carácter intencional de la conducta. En efecto, en tanto que las intenciones carecen de propiedades directamente observables, sólo pueden ser inferidas a partir de las conductas manifiestas o de las declaraciones verbales, y como resultado de una actividad introspectiva. La exclusión de todas las identidades no observables fuera del campo de los objetos susceptibles de ser investigados científicamente asignaba por lo tanto el estudio de las intenciones al campo de las meras especulaciones metafísicas. Esta negativa a tratar directamente con las intenciones, los deseos o las creencias, encontró justificación precisamente en la afirmación neopositivista según la cual era posible elaborar un lenguaje unificado de la ciencia, en el que los términos no observables podían ser reducidos a términos cuyos referentes fueran observables.

Para las ciencias psicológicas no era necesario preguntarse sobre la naturaleza de las intenciones, le bastaba trabajar con base en sus referentes empíricos, por ejemplo: las “conductas de meta”. Esta perspectiva hizo que la psicología y la psicología social se limitaran al estudio de las conductas humanas en las que no intervienen los procesos que tienen que ver con las intenciones, los deseos, las creencias, etcétera.

El resurgimiento general del pensamiento fenomenológico, en particular en la psicología social con el trabajo de Fritz Heider a mediados de los años cuarenta,¹⁰ se tradujo en una preocupación

⁹ K. Gergen, *Hacia una psicología posmoderna*, 1988, p. 5.

¹⁰ F. Heider, *Psychology Review*, núm. 51, 1944, pp. 358-374.

por los fenómenos que tienen un significado y fenomenológicamente son reales para la actuación humana; al insistir sobre el hecho de que las intenciones y otros fenómenos similares no podían ser reducidos a un lenguaje observacional permitió que las ciencias psicológicas se dieran a la tarea de enfrentar las dificultades que entrañaba la investigación de tales fenómenos. El desarrollo de esta línea de trabajo en psicología social, junto con las discusiones críticas que empezaron a suscitarse en la filosofía de la ciencia, contenía los gérmenes de una drástica revisión del programa de los fundamentos epistemológicos adoptados por las ciencias psicológicas: de hecho las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein¹¹ aportaron elementos decisivos para tal revisión.

Precisamente, la llamada Escuela de Oxford, heredera del pensamiento del segundo Wittgenstein, al centrarse en el análisis del lenguaje cotidiano y resaltar la relevancia que presentan las referencias a las intenciones en la explicación de la conducta que cotidianamente nos hacemos, permitió que los psicólogos abordaran el problema de las intenciones desde otra perspectiva, pues la manera en la que las personas explican sus propias conductas y las conductas de los demás influye sobre la conformación de las mismas.

Estas formulaciones realizadas por la Escuela de Oxford en torno a la naturaleza de las intenciones y al tipo de relación que las vincula con la conducta, junto con la influencia que se deriva de las investigaciones sobre los procesos de atribución que se realizan en psicología social, han promovido un interés particular por la “explicación de la conducta en el pensamiento cotidiano”. De hecho, el prolongado debate sobre las intenciones sostenido por autores como Anscombe, Dray, Boden, Chisholm, Davidson, Dennet y Searle,¹² han suscitado interés por otros tres conceptos de importancia para la psicología social: “agencia”, “inferencias prácticas” y “significación”.

Este interés reciente por el problema de la intervención causal de las intenciones en el desarrollo de las conductas humanas ha colocado el énfasis sobre la relativa autodeterminación de las conductas por el propio agente humano, sobre el papel de las decisiones internamente elaboradas por el individuo. Para la psicología

¹¹ L. Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1988.

¹² Véase Von Wright, *Explicación y comprensión*, 1984, pp. 43-56; D. Dennet, *Brainstorms. Philosophical essays on mind and psychology*, 1981.

social, tanto el problema de la atribución de intenciones a los demás como el problema de la comunicación de las propias introdujo de nueva cuenta la cuestión de la producción e interpretación social de los significados. De esta forma, la concepción del ser humano como un agente propositivo, capaz de dirigir su conducta, dotado de una racionalidad práctica e implicado en actividades de construcción y desciframiento de significados, ha permitido criticar y derribar las prohibiciones establecidas por la influencia ejercida por el positivismo lógico en la psicología social.

De hecho, dentro de la filosofía de la mente se ha argumentado que solamente el concepto de "acto intencionado" es apropiado para explicar la conducta humana y que un esquema causal como el propuesto por el empirismo lógico y el conductismo es inapropiado. Esto, como se mencionó anteriormente, se desprende de la manera en que se caracteriza al ser humano. Metodológicamente, el empirismo lógico y el conductismo lo asumen como persona-sujeto, mientras que la perspectiva desde la que se origina la presente revisión del tema lo considera como persona-actor o persona-agente. De acuerdo con P. Secord, la perspectiva de la persona-sujeto asume los siguientes supuestos: *a)* las personas son organismos o sujetos afectados por las fuerzas presentes en su medio; *b)* la conducta de los sujetos es en parte resultado de los estados y procesos que ocurren en ellos en tanto organismos; *c)* la conducta de los sujetos es en parte resultado de conductas anteriores; y *d)* en sentido estricto, más que personas sólo hay organismos o máquinas orgánicas sujetas a fuerzas y procesos internos, así como a fuerzas del medio ambiente. En contraposición, la perspectiva de la persona como actor o agente supone que: *a)* las personas son capaces de iniciar actuaciones o actos; *b)* las personas realizan actos con una intención o propósito; *c)* las personas generalmente son conscientes, aunque no necesariamente, de que sus acciones están guiadas por una regla y dirigidas hacia un fin, y controlan su progreso conforme a esas reglas y en vista de lograr tales fines; *d)* las personas son capaces de imaginar cómo actuarían en diversas situaciones en general o, en una situación particular; y *e)* las personas, con frecuencia, generan un acto social anticipando de qué manera lo recibirán o cómo reaccionarán otras personas.¹³

¹³ P. Secord, *¿Cómo resolver la dialéctica actor/sujeto en la investigación psicosocial?*, 1989.

De estos últimos supuestos se desprende una implicación teórico-metodológica primordial: se deben describir o caracterizar las conductas en razón del propósito o la intención del actor, en otras palabras, se debe responder a la pregunta de ¿qué pretendía hacer la persona-actor? En las últimas décadas se han presentado distintos análisis filosóficos sobre tal cuestión. En ocasiones, la discusión se ha formulado en términos de la diferencia entre razones y causas en las explicaciones de la conducta humana. Otras veces, la discusión se ha dado entre mecanicismo y responsabilidad, inclinándose hacia la conclusión de que si un acto puede explicarse mecánicamente entonces el individuo no es responsable del mismo. En otras ocasiones se ha argumentado que las explicaciones en términos de acción intencional pueden reducirse a explicaciones causales.

Sin embargo, salvo que uno sea dualista, debemos reconocer que, en la filosofía de la mente, ha fracasado el argumento según el cual las razones no pueden ser las causas de la conducta. Dennett con su concepto de nivel intencional sugiere una forma de no excluir las explicaciones causales del acto intencional. Para este autor el hecho de que un sistema, por ejemplo una computadora, pueda ser explicado en términos de alguno de los otros niveles que propone (físico o de diseño), no excluye el nivel intencional. Decir que una computadora “juega” al ajedrez e incluso que “trata de ganar” es una manera de explicar racional y razonablemente esa conducta, esto es, ese sistema puede ser tratado racionalmente con cierto éxito, a pesar de que pueda explicarse mecánicamente en términos de un nivel de diseño o de uno físico, no queda excluida una conceptualización en términos intencionales. Además, los actos humanos son tan complejos que las explicaciones mecanicistas que pueden formularse están, por el momento, remotamente fuera de nuestro alcance. El mismo Dennett afirma que siempre que una explicación intencional puede reemplazarse por una mecanicista, es la ausencia de racionalidad de la orientación mecanicista lo que hace que la explicación intencional parezca superflua. Sin embargo, este autor argumenta que la ausencia de racionalidad no es lo mismo que la no-racionalidad y, por ende, la explicación intencional no queda refutada y puede sostenerse.¹⁴

¹⁴ D. Dennet, *op. cit.*, 1981.

Así como una computadora que “juega” ajedrez puede considerarse tanto desde el punto de vista intencional como del mecanicista, también los actos intencionales de una persona pueden describirse con arreglo a los motivos, las creencias y los conocimientos de esa persona y, al mismo tiempo, sin temor a incurrir en contradicciones, considerar qué condiciones objetivas ponen de relieve un motivo determinado, o sin temor a incurrir en contradicciones, contribuyen a la adquisición de una creencia determinada. Poner al descubierto las causas de las creencias o los motivos no implica que la descripción de los actos de las personas en términos intencionales sea menos apropiada. La comprensión de la condición humana requiere el nivel intencional (junto con otras informaciones) si ha de ser inteligible. Una postura mecanicista poco nos explica acerca de la conducta social tal como la conocemos.

En concordancia con estos planteamientos, los temas de la intersubjetividad y de la naturaleza social de los significados se desprenden como temáticas necesarias a las que la psicología social nunca ha sido ajena desde sus orígenes; dicho en otros términos, el resurgimiento del interés por la subjetividad social y humana plantea la cuestión central —el desafío clave— que enfrenta la psicología social actualmente y para el futuro inmediato, lo cual sólo es posible si esta disciplina se separa de la ciencia convencional, a la que ha sido tan proclive.

Es por ello que la psicología social en la actualidad está vinculada directamente con el análisis de la teoría social, la cual a su vez se halla en un estado de fermentación intelectual caracterizado por el hecho de que diversos pensadores sociales se esfuerzan por reincorporar las cuestiones relativas a la comprensión (*Verstehen*) en las ciencias sociales. Los resultados aún preliminares de los cambios más o menos espectaculares que ha experimentado la teoría social han sido la proliferación de diversos enfoques sobre lo social y la formulación de argumentos que muestran “[...] que ni la justificación racional de la ciencia ni la confianza en la metodología empírica permiten al científico elevarse sobre las consideraciones morales, éticas e ideológicas”.¹⁵

Esto significa que todas las prácticas científicas, metateóricas,

¹⁵ K. Gergen, *op. cit.*, 1988, p. 8.

teóricas y metodológicas tienen consecuencias, en la forma de mirar los distintos modos de vida en un momento histórico determinado, tomando en cuenta que la naturaleza está imponiendo límites a la actividad humana a causa de su propia estupidez. Estas consideraciones impactan —o deberían hacerlo— no sólo a la investigación psicosocial sino incluso a la investigación psicológica, puesto que si antes los psicólogos podían proclamar con confianza que había una materia de estudio disponible para la interrogación, ya fuera ésta la mente o las conductas motoras y verbales, en realidad se trataba de un dominio que debía ser aclarado. El surgimiento de una “nueva filosofía de la ciencia”, que desde mi punto de vista le debe mucho a los iniciadores de la psicología social,¹⁶ no fácilmente permite asumir la misma posición, puesto que preasumir la materia de estudio es falsear la base de valoración de la propia ontología.

Para la psicología social, el inicio del declive del dominio ejercido por el neopositivismo y por el empirismo lógico ante las críticas iniciadas por autores diversos como Gadamer, Toulmin, Kuhn, Habermas, Lakatos, Giddens, etc., por mencionar algunos, ha permitido el reencuentro con tradiciones de pensamiento fenomenológicas, hermenéuticas o neopragmáticas anteriormente soslayadas, las cuales se hallan asociadas con los propios orígenes de la psicología social.

2.2 ¿Un renovado interés por la historia de la psicología social?

Este panorama de la psicología social permite confrontar críticamente las versiones historiográficas hegemónicas o historia *Whiggish*. Tales posiciones, inauguradas e inspiradas por el desafortunadamente influyente trabajo pionero de Gordon W. Allport en 1954, *The historical background of modern social psychology* (en el cual afirma que: “Una historia de la psicología social no tiene otra razón de ser que la de encontrar justificaciones en el pasado para lo que existe actualmente”);¹⁷ junto con la adopción del modelo de racionalidad

¹⁶ J. Vázquez, *Polis* 90, 1990.

¹⁷ G. Allport, “Antecedentes de la psicología social moderna”, en Lindzey y Aronson (eds.), *The handbook of social psychology*, 1969, p. 3.

científica derivado de una epistemología positivista y empirista, provocaron indiferencia, desinterés y, en ocasiones, aversión por las cuestiones históricas en la mayoría de los psicólogos sociales.¹⁸ Si bien es cierto que el periodo de crisis enfrentado por la psicología social y en general por las ciencias sociales, en la década de los sesenta, tuvo como una consecuencia notable —entre otras— la de propiciar el interés por la investigación histórica. El trabajo publicado por Kenneth J. Gergen en 1973, *Social psychology in history*, por su trascendencia ha constituido una referencia necesaria. No obstante, a inicios de la presente década, seguimos observando que no se ha desarrollado con plenitud una sensibilidad histórica en los psicólogos sociales.

La indiferencia y el desinterés por la investigación histórica se manifiesta tanto en las cuestiones relativas a la propia historia de la disciplina como en los aspectos relacionados con la dimensión sociohistórica de los objetos que pretende investigar. El hecho de que la psicología social se estableciera en un periodo histórico caracterizado por la fragmentación disciplinar de la ciencia y la teoría social, así como por la ruptura entre ciencia y filosofía, tuvo como efecto que ésta dejara de proyectarse como una ciencia social e histórica, y se proyectara como una ciencia natural y experimental.

Esta caracterización naturalista y experimentalista otorgada a la psicología social, que inició su hegemonía a partir de la segunda década de este siglo, neutralizó la inclusión de factores sociohistóricos junto con los de carácter subjetivo por considerarlos fuentes de error para la perspectiva objetivista. El establecimiento de la disciplina en el área de las ciencias psicológicas propiciada por la aceptación de una racionalidad cientificista del conocimiento impidió que durante algún tiempo se investigaran adecuadamente las implicaciones del carácter intencional de la conducta.

Asimismo, la hegemonía de este modelo de racionalidad científica en la psicología social se tradujo en creer que por esta vía se accedía al paraíso de la respetabilidad científica que otorga el rigor metodológico subyacente al empleo de métodos experimentales y/o modelos estadísticos y matemáticos.

Esta conversión de la psicología social en una disciplina genera-

¹⁸ De la Rosa, *et al.*, 1988.

dora de datos ha sido promovida por el hecho de que los beneficios derivados han implicado un mayor prestigio social, el reconocimiento académico, e incluso recursos de poder tales como: control de las publicaciones, del acceso a los puestos de dirección académica, de las asociaciones profesionales, de los eventos especializados, etc. El credo de muchos psicólogos sociales parece ser, como lo advierte Ibáñez que “sólo lo contable es reductible”,¹⁹ lo más grave es que en tiempos de modernización en países como México, esto se está haciendo extensivo para toda la sociedad.

Como se puede desprender de este análisis, aun el propio ejercicio de la disciplina pone en juego factores que guardan una estrecha relación con prácticas sociales e ideológicas atravesadas por la dinámica del ejercicio efectivo del poder social (Foucault es una referencia obligada). Evidentemente, también, estos elementos contribuyen a explicar el desinterés por la historia de la psicología social; corresponde a nosotros restituir el interés por las cuestiones que han estado presentes en los orígenes y constitución de la disciplina.

2.3 El carácter sociohistórico de los procesos sociales y de su investigación psicosocial

Otro de los efectos contrarios que ha generado la concepción de la psicología social como ciencia natural y experimental, en lugar de ser considerada como una ciencia histórica, ha sido la supresión del carácter sociohistórico inmanente a los procesos sociales y culturales que se propone investigar la disciplina. El conocimiento de los procesos socioculturales se encuentra bajo una doble dimensión: la historicidad de los procesos sociales en sí y la historicidad del conocimiento de los mismos.

A pesar de la ausencia de esta doble historicidad que ha predominado en la teoría y en la investigación que se realiza en el campo de la psicología social, el resurgimiento de tradiciones de pensamiento fenomenológicas, hermenéuticas y neopragmáticas está permitiendo recuperar el estudio de la subjetividad social y con ello

¹⁹ T. Ibáñez, *op. cit.*, 1991.

—aunque no en forma explícita en todos los casos— la doble historicidad de los procesos que la constituyen.

Las críticas que estas tradiciones han ejercido sobre los supuestos básicos del positivismo y del empirismo lógico se han traducido en una advertencia para cualquier investigador en ciencias sociales que se aproxime a los procesos sociales desde una perspectiva histórica respecto de no traslapar temporalidad con historicidad, esto es, que se tenga cuidado de distinguir que si bien los objetos de investigación tienen un pasado, los procesos socioculturales poseen realmente una historia. Reivindicar la memoria de los procesos socioculturales nos permite reconocer que sus propiedades presentes no pueden desvincularse del proceso general que las ha constituido. Esto sucede, de acuerdo con Ibáñez, porque los procesos socioculturales lo son por el hecho de que están marcados por prácticas, opciones, conflictos, circunstancias, que invariablemente “hubieran podido ser otras de las que fueron”.²⁰ Es decir, los procesos de orden comunicativo y cultura nos provocan la persistente pregunta de si lo que ocurre, lo que decimos o lo que hicimos, pudo haber sido dicho y hecho de otra forma. Más aun, para que algo sea social se requiere que esté adscrito a un universo de significados, esto es, al plano de lo simbólico. Las prácticas simbólicas son las que le confieren a los procesos su carácter social. Y al ser la significación constitutiva de lo social, nos plantea una dimensión hermenéutica, interpretativa. Los significados como la comprensión son elementos obviamente históricos. Es fácil percatarse que el presente está entretejido por relatos referentes al pasado, por la memoria social de los acontecimientos que han marcado el pasado y cuyo significado recreamos constantemente.

Por estas razones es que no se puede comprender un proceso social sin hacer referencia a su historia, sin dar cuenta del proceso que lo ha constituido y sin tomar en cuenta que el presente en el que se ubica sólo existe, y adquiere sentido en una continua referencia a los fluctuantes horizontes del pasado y del porvenir.

Considero que estas consecuencias de la doble historicidad que poseen los procesos sociales y culturales que le han interesado desde siempre a la psicología social coinciden plenamente con las

²⁰ *Idem.*

formulaciones de Gadamer.²¹ Las razones por las cuales el conocimiento especializado alcanza a formular predicciones son en gran medida similares a las que explican los aciertos de las tradiciones o del sentido común. La parte desempeñada por la razón práctica es fundamental y somos miopes si consideramos que los aciertos de los especialistas se deben sólo a la razón científica. En el caso del conocimiento psicosocial y social, ningún método científico permite deducir, por la simple aplicación de un algoritmo, el curso que seguirá un proceso social.

La doble historicidad, que es condición de todo proceso social, afecta a todas las formas de socialidad humana, incluso al propio conocimiento científico. Este conocimiento no puede situarse fuera de la historicidad, sólo a condición de asignarle una validez transhistórica artificial.

Para una psicología social de orientación crítica, interpretativa y comprensiva, está claro que los conocimientos son doblemente históricos, en primer lugar, porque versan sobre realidades que siendo sociales no poseen una estabilidad transhistórica. Si el objeto de conocimiento es cambiante, también lo es el conocimiento del objeto; en segundo lugar, porque son resultado de determinadas prácticas sociales, supuestos y criterios de validez relativos a su propio contexto sociohistórico y por tanto cambiantes.

Esta perspectiva de reivindicar la historicidad no es sólo una exigencia racional, sino que puede conllevar una postura política que se caracteriza por sustentar la preferencia de ciertos valores sobre otros, tal vez ésta sea una diferencia con respecto a Gadamer. Las razones expuestas, para el campo de la psicología social, son de vital importancia puesto que permiten reinsertarla plenamente en el marco de las ciencias históricas, aunque esto se pueda traducir en la disolución de las fronteras disciplinarias.

²¹ H. G. Gadamer, *Verdad y método*, 1984.

3. La importancia de la comprensión para la psicología social

A lo largo de este trabajo se ha mostrado cómo el interés por la historia, por la teoría y por diversos problemas metodológicos constituye el núcleo de la psicología social a lo largo de su construcción y desarrollo, puesto que tienen una importancia esencial al vincularse de una manera directa con el análisis de los problemas generales del conocimiento de lo social en el campo de las ciencias sociales, y no sólo a los problemas que enfrenta esta disciplina. Nuestra perspectiva considera que la psicología social presenta una *tensión esencial*²² similar a la que atraviesa actualmente el conocimiento científico. El futuro de la disciplina depende más de la forma de resolver dicha tensión que de las discusiones acerca de los problemas teóricos y metodológicos propios de la psicología social.

En todo caso se ha intentado dejar en claro que interrogarse sobre las características, el alcance y la validez de los supuestos teóricos y metodológicos a los que recurren los psicólogos sociales, así como aclarar los supuestos básicos sobre los cuales se sustentan las cuestiones teórico-metodológicas y reflexionar críticamente sobre los problemas que se desprenden, constituyen en conjunto una actividad prioritaria, irrenunciable, para cualquiera que se interese en construir, desarrollar y promover la psicología social. Sin este cuerpo de reflexiones no habría forma de comprender ni conocer el carácter de las temáticas y los “datos” asociados con ellas, ni se podría valorar el *corpus* de conocimiento de la disciplina. Una perspectiva no solamente empírica sino crítica, interpretativa, comprensiva e histórica puede permitirnos desarrollar una psicología social menos insatisfactoria y con mucho mayor éxito de lo que hasta ahora ha ocurrido con ella.

Bibliografía

Allport, Gordon W., “Antecedentes históricos de la psicología social moderna” en Lindzey y Aronson (eds.), *The Handbook of So-*

²² Se emplea esta expresión en los términos en que la usa T. Khun en *La tensión esencial*, 1977.

- cial Psychology*, Reading, Addison-Wesley, Massachusetts (material traducido), 1969.
- De la Rosa, Graciela; Héctor Meza y Joel Vázquez, *Historia de la psicología social*, Cuadernos Universitarios, vol. 1, núm. 40, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1988.
- Dennet, Daniel, *Brainstorms. Philosophical essays on mind and psychology*, Sussex, The Harvester Press, 1981.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, vol. 1, 1978.
- Gadamer, Hans Georg, *Versad y Método*, Salamanca, Editorial Sígueme, 1984.
- Gergen, Kenneth J., "Social Psychology as History" en *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 26, pp. 309-320, (material traducido), 1973.
- _____, *Hacia una psicología postmoderna*, Comunicación al International Congress of Psychology, Sidney. (material traducido), 1988.
- Giddens, Anthony; John H. Turner (eds.), *La teoría social, hoy*, México, Alianza Editorial/CONACULTA, 1991.
- Graumann, Carl F., "Introducción a una historia de la Psicología social" en Hewstone, Stroebe, Codol y Stephenson, *Introducción a la psicología social*, Barcelona, Ariel, pp. 21-35, 1988.
- Heider, Fritz, "Social perception and phenomenal causality" en *Psychology Review*, 51, pp. 358-374, 1944.
- Ibáñez, Tomás, *Aproximaciones a la psicología social*, Barcelona, Sendai, 1990.
- _____, "El hermeneuta y el contable, o la represión de la historia" en *Theory and psychology*, 2, 1991.
- Khun, Thomas, *La tensión esencial*, Barcelona, Anthropos, 1977.
- Manicas, Peter T., *A history and philosophy of the social science*, Nueva York, Basil, Blackwell, 1987.
- Secord, Paul F., "¿Cómo resolver la dialéctica actor/sujeto en la investigación psicosocial?" en Ibáñez, *El conocimiento de la realidad social*, Barcelona, Sendai, pp. 13-37, 1989.
- Vázquez, Joel, "La formación histórica de la Psicología social" en *Polis 90. Anuario de Sociología*, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, 1990.

Von Wright, Georg Henrik, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1990

Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988.